

propios vicios. Los politicastro de allá son idénticos a los politicastro de acá. Por coger mando agotan todas las infamias, sumen a los pueblos en todas las miserias. De manera que no hay que hacerse ilusiones y creer que no seremos medidos con esa vara.

El ejemplo tremendo de Nicaragua no debe sernos indiferente, si queremos librarnos del vejamen por que se hace pasar al ciudadano de aquella patria intervenida por la soldadesca y marinería. Pensemos hondamente en lo que significa un poder opresor, degenerador, ejerciendo dominio en un país. Todo sentimiento de decoro lo mata. Reflexionemos en esa marca infamante. ¿Qué hombre la puede soportar si no es el apocado, el servil que acepta amo porque ve en él un salvador? Y a esta condición mínima no podemos llegar nosotros. Limpiemos de vicios nuestras instituciones, barrámoslas con nuestras pro-

pias manos y llenos de la aspiración de mejorar. El amo no mejora, no quiere sino moldear la docilidad de los hombres para que sigan el rumbo que sus designios les imponen. La fuerza imperialista de los Estados Unidos manda a la marinería y a la soldadesca a hacer elecciones a Nicaragua, para que esas elecciones respondan siempre a los planes de vasallaje del imperialismo. Mentira que hay el empeño de educar al pueblo, de hacerle sentir que no debe estar con las desvergüenzas del politicastro que pudre las elecciones. Mentira, porque es precisamente el politicastro el elemento que mejor sirve los designios de esa fuerza imperialista. ¿Qué no acepta el politicastro por coger mando, por tener comodidades, por inflar su vanidad? Todo lo

acepta y lo que en estos países hacen los Estados Unidos cuando han clavado la estaca del vasallaje, es acudir al politicastro. Saben que los hombres de honor no aceptarían nunca vejámenes para su patria. En cambio, el politicastro sí se complace en que los dedos de los ciudadanos se manchen y se exhiba el acto como un paso hacia la pureza del sufragio. ¿Y pureza para qué? ¿Qué va a elegir el nicaragüense, qué elegiría el costarricense en sus mismas condiciones? Nada más que voluntades sumisas a los planes del poder que avasalla. No hay que hacerse ilusiones. País que permite que le hagan sus elecciones, es país dominado. Lo que resulte de ellas es elemento también dominado, listo a acatar lo que el amo imponga.

Lo volvemos a decir, no pertenece Nicaragua a la geografía de un continente lejano. Está en una de nuestras fronteras. No nos cerremos a pensar en sus sucesos con el mismo interés con que pensamos en los nuestros. El mal que se haga al decoro nicaragüense es mal que repercute sobre nuestro propio decoro. Para el norteamericano que quiere expansión y dominio para su república, estas patrias sólo están pobladas de nativos. En cualquier momento se nos aplica el mismo racero. Defendámonos con decisión de la infamia que padece el nicaragüense que siente el vaho agresivo de marinos y soldados yanquis. Y sobre todo, no nos creamos diferentes a aquel pueblo. Examinemos nuestras propias instituciones, nuestros propios hombres públicos y encontraremos en ellos los mismos vicios que el marino yanqui escarnece con ilustraciones en su propia nación.

Juan del Camino

Cartago y octubre del 30.

¿A dónde va el Perú?

Apuntes para una explicación del leguismo

=Envío del autor=

Hacen once años entraba a Lima por la avenida de la Colmena triunfalmente, entre el fervor de varias docenas de miles de hombres, don Augusto B. Leguía. Después de un gobierno en que gozó de honores, homenajes y elogios que ni San Martín, ni Bolívar, ni Santa Cruz ni Castilla ni Piérola gozaron, don Augusto B. Leguía está recluido en la prisión, víctima de las más rudas y terribles acusaciones que se pueden hacer a un gobernante.

El leguismo empezó a formarse entre 1917 y 1918 favorecido por un fenómeno de descontento contra la oligarquía pardista. La guerra europea, dando lugar al aumento de importancia de los productos de exportación (azúcar, algodón, petróleo etc.) había acentuado también la importancia de las clases medias y populares. Estaba pasando la etapa patriarcal y señorial de la vida peruana y pugnaba por emerger una etapa capitalista. El Gobierno del señor Pardo, de una honradez mediocre, había sido incapaz de convertirse en agente de esa transformación capitalista; los superávits de los Presupuestos desde 1915 a 1919 no habían sido aplicados por ejemplo ni aún en pequeña escala en el plan de obras públicas que más tarde se inició con prodigalidad mediante el apoyo del capital extranjero. Muchos de sus prohombres, miembros de familias privilegiadas, ostentaban un insolente desdén al plebeyo, ciegos ante los anhelos y las realidades de aquella hora, inconscientes de la envidia y el rencor que los circundaban.

Dentro de grandes y fundamentales diferencias hay, pues, alguna analogía en el proceso que da nacimiento al leguismo en el Perú y el que en Chile y Argentina, más o menos en la misma época, encumbra por vez primera a Alessandri y a Irigoyen respectivamente.

Durante su período presidencial, el señor Pardo había permitido el surgimiento y aún el desborde de los elementos de oposición. El par-

tido nacional democrático o "futurista" fundado en 1915 por un grupo de intelectuales jóvenes pudo encabezar esa oposición; y si eso hubiera ocurrido, ella habría sido razonable y medida; pero la inhibición del futurismo trajo el predominio sin control de la demagogia para usufructar el descontento contra el gobierno. De otro lado, los viejos partidos estaban en crisis; y en crisis peor el partido civil. Los consejeros, amigos y compañeros del señor Pardo no lograron ponerse de acuerdo ante el problema de la solución presidencial; las rivalidades y los intereses menudos produjeron el "sabotaje" de los hombres de prestigio y el señor Aspíllaga —un gentleman acaudalado y circunspecto sin ningún arraigo en el país y con la triste aureola de su fracaso en 1912— quedó como candidato oficial, porque era el único áulico que exhibía su ambición. El señor Leguía tenía pues a un fácil rival; se presentaba acompañado por la ilusión de lo nuevo; aunque su anterior gobierno había sido muy combatido, en aquel momento aparecía explicado por los conflictos internos y externos que tuvo que afrontar; personalmente tenía cierta aureola de energía y de patriotismo; era el hombre del 29 de Mayo y el que se había enfrentado a Chile y además un enemigo de la casta imperante si bien anteriormente había estado a su servicio.

Después de las elecciones, impuramente realizadas por ambos bandos, se produjo el cuartelazo del 4 de Julio de 1919, no por impulso popular sino por menudas intrigas, ante el temor de las anulaciones que estaba haciendo la Corte Suprema y de las añagazas del Congreso próximo a reunirse.

Ya en el poder, el leguismo tuvo una primera etapa parlamentaria, oratoria y constitucionalista con don Mariano H. Cornejo y don Javier Prado como prohombres. Fueron aquellos los días gárrulos de la Asamblea Nacional. El flamante

Presidente dejaba hablar a los asambleístas y hablaba de él también. Luego llegó una segunda etapa de fuerza, más conforme con la manera de ser gubernativa, etapa representada por el señor Leguía y Martínez con la cual fueron violadas las normas constitucionales que acababan de dictarse. Se vivía entonces en el mundo la época del apogeo de los "gobiernos fuertes", de las "dictaduras organizadoras". Era el señor Leguía y Martínez un jurisconsulto, historiador y prosador notable, muy patriota, muy austero y con grandes pasiones: implacable enemigo de sus enemigos y complaciente amigo de sus amigos. Con corajuda lealtad, el señor Leguía y Martínez asumió personalmente la responsabilidad de las medidas de fuerza que adoptó y que tuvieron como resultado el afianzamiento del gobierno. Al cabo de algún tiempo, los áulicos temerosos del crecimiento político de Leguía y Martínez porque estaban alejados de él o sabían que no tendrían su privanza, cerraron el paso a su candidatura naciente propiciando la reelección. Leguía y Martínez que a pesar de la omnipotencia política no había alterado la pobreza y sencillez de su vida, se apartó del gobierno, intentó lanzar su candidatura rodeado sobre todo por un grupo valioso aunque entonces poco conocido de jóvenes, fué hostilizado y luego deportado no sin que muchos de los enemigos del gobierno miraran regocijadamente estos hechos, ya por el temor ante un posible dictador con mucho menos control que el señor Leguía, ya por la esperanza en un debilitamiento de los hombres surgidos el 4 de Julio.

Entonces se exacerbó en el gobierno el desenfreno, a causa de la acentuación de dos fenómenos coincidentes con el leguismo: el caudillaje y la penetración capitalista.

El caudillaje tenía una vieja raigambre en el Perú. En un libro sobre historia republicana he tenido oportunidad de resumir y glosar los más